

ASUNCION.—Aquí te cuidaremos bien; y también te haremos engordar.

MANOLO.—Por mí, encantado. Me pareceré a papá.

NINI.—¿Nos llevarás a todas partes? Te vamos a costar un dineral; pero iremos contigo toda la panda a la barra de La Ramik, a la barra de Pidoux y a la barra de Viena...

MANOLO.—A la de Viena; esa es la más barata y la que más engorda.

ASUNCION.—Cuéntanos, hombre. ¿Cómo dejaste aquello?

MANOLO.—Muy bien.

ASUNCION.—¿Qué tal el viaje?

MANOLO.—Un poco accidentado, pero sin importancia.

ASUNCION.—¿Y aquella gente?

MANOLO.—Todos bien.

ASUNCION.—¿Don Claudio sigue en el despacho?

MANOLO.—¿Cómo no? En el despacho.

ASUNCION.—¿Y don Javier...?

MANOLO.—Ese, en el comedor.

ASUNCION.—¿Estará muy viejo?

MANOLO.—Hecho un carcamal, una birra.

ASUNCION.—¡Qué hombre! ¿Y sus niñas? ¿Se casaron?

MANOLO.—Cómo no. Y tienen hijos.

ASUNCION.—¿Qué me dices?

MANOLO.—Lo que usted oye.

ASUNCION.—Y Julita, ¿la peque?

MANOLO.—Tan casquivana.

ASUNCION.—¡Ah!, ¿pero es casquivana?

MANOLO.—¡Una coqueta! No tiene usted idea. Un caso perdido, perdido...

ASUNCION.—¡Pero sí parecía una mosquita muerta!

MANOLO.—Sorpresas del destino. Se soltó el pelo la pobrecilla...

ASUNCION.—Qué extraño y qué gracioso... ¿Y don Ramón, sigue allí de cajero?

MANOLO.—Una bicoca, con un sueldazo enorme, el muy granuja.

ASUNCION.—El pobrecillo. No ve más que por tus ojos... ¡Qué alegría me produce el verte! ¿Qué te han parecido mis niñas?

MANOLO.—Dos cursis

ASUNCION.—¿Cómo?

MANOLO.—Dos cursis de allá me decían que tenían novio; ¿verdad que no?

ASUNCION.—¡Qué han de tener! Las dos solteras, y en estado de merecer.